

47: Mientras Roma arde - La Carrera perfecta

- 47: Mientras Roma arde - La Carrera perfecta

47: Mientras Roma arde - La Carrera perfecta

Cuando la bathysfera tocó la orilla, se detuvo en el único lugar que aún no había sido atacado por la Meta-Gang: su propio territorio.

Ryan recorría las calles de Rust Town, mientras la gente huía en pánico del vecindario al otro lado de la calle. La atmósfera tóxica, ya terrible, ahora estaba saturada de humo y cenizas. Sin su máscara, el mensajero probablemente tosearía cada minuto. Los habitantes estaban tan aterrorizados por el bombardeo orbital que pisoteaban a otros en su afán por escapar.

Un nuevo rayo de luz impactó en el sur de Nueva Roma, iluminando el cielo y causando un mini-terremoto. Un edificio se desplomó a su izquierda, obligándolo a activar una detención del tiempo para evitar caer entre las piedras y fragmentos de vidrio. Continuó avanzando entre el caos hasta llegar a su destino.

El Vertedero.

Antes de acudir a ese lugar maldito, el mensajero intentó contactar, bueno, a prácticamente todo el mundo. Pero no obtuvo respuesta más que estática cuando usaba su teléfono. Quizá el láser orbital había dañado cables subterráneos u otros medios de comunicación... o quizás no quedaba nadie que le respondiera.

Y cuando miró la Isla de Ischia desde la costa, Ryan solo vio llamas y humo.

Ryan había visto los peores infiernos que la Tierra postapocalíptica tenía para ofrecer en sus viajes. Ciudades irradiadas, ruinas infestadas de criaturas mutantes, Mónaco, y cosas que parecían sacadas de las peores pesadillas de H.R. Giger. Pero ninguna le había afectado tanto como el estado actual de Nueva Roma.

El mensajero había encontrado su final trágico, y todo había sido culpa suya.

No debió esperar a que llegara el Carnaval de Leo, ni abandonar el bunker en manos de los Meta. Incluso Augusto habría sido más responsable que Adam con esa tecnología. El mensajero quizá no accionó el gatillo, pero dejó la pistola al alcance de cualquiera que la encontrara.

Ahora Ryan estaba solo, igual que cuando perdió a Len por primera vez. Excepto que, por lo que sabía, probablemente ella murió en esa isla. Murió salvarlo.

Tendría que regresar en el tiempo. No podía seguir adelante después de esto.

Todo lo que Ryan podía hacer ahora era limpiar los residuos.

Mientras entraba en las ruinas del Vertedero, Ryan empezó a escuchar música. Una canción de indie-rock, interpretada por nada menos que el mismísimo Big Fat Adam. Solo las ratas observaban cómo el mensajero se abría paso entre montañas de basura fundida.

En preparación para el enfrentamiento, Ryan había preparado una bomba oculta bajo su traje, junto con su arma definitiva, lista para explotar a su orden. Le permitiría recargar si Adam tenía un último truco bajo la manga. Por suerte, siempre llevaba consigo una dosis de Rampage, y así fortaleció sus nervios para el gran final. De una forma u otra, esta carrera llegaría a su fin pronto.

La escena que esperaba al viajero en el centro del Vertedero era casi surrealista, incluso para sus estándares.

Una torre de comunicación imponente, de tecnología avanzada, surgía del suelo cerca de la entrada del bunker. El dispositivo recordaba a un obelisco negro, aunque cubierto de antenas apuntando hacia el cielo.

Y la Meta-Gang festejaba a su sombra.

Habían despejado la basura alrededor para formar una amplia zona de tierra donde podían mantenerse, de aproximadamente la mitad de un campo de fútbol. Después de todo lo sucedido en este ciclo, solo cinco de los Psicópatas habían sobrevivido hasta su conclusión final: Big Fat Adam, Frank el Loco, Acid Rain, Sarin y un quinto maniático que pronto sería muerto. En lugar de asegurar el área, el grupo había decidido hacer una jam session. Acid Rain y Sarin tocaban guitarras, Frank estaba en el bajo, y Adam cantaba con un micrófono.

Ryan reconoció que la quinta criatura era la supuesta verdadera forma de la Tierra, de la cual Jasmine le había hablado brevemente. Podría haber confundido a aquella deformada criatura con una parodia de los alienígenas de la Zona 51: un humanoide deforme y sin boca, con patas cortas y bebé, y una cabeza enorme y sin cabello. A diferencia de sus parientes de piel gris más suave, el Psycho parecía estar hecho casi en su totalidad de tierra sólida, con sus ojos brillando en amarillo.

¿Organizar un concierto de rock mientras la ciudad ardía? Típicos de los Psicós. Pero lo peor de todo, ¡Adam parecía feliz! Feliz más allá del júbilo, incluso cuando el humo y las tormentas de fuego llenaban los cielos.

Esta escena resumía en una sola imagen a la Banda Meta.

— Deberías haberte llamado a ti mismo el Gran Néro, Whalie — burló Ryan mientras se revelaba, con la hoja láser en su mano derecha y un filo agudo en su ingenio. — Eso habría sido más apropiado. Aunque yo habría sugerido un violín.

La música cesó, y Ryan saltó al campo abierto para enfrentarse a la Meta. La Tierra reaccionó de inmediato elevando mentalmente tierra debajo de ella, formando una plataforma sobre la cual pudo volar. Quizá su poder geokinético era inversamente proporcional a su rango, y fusionarse con un área tenía un costo en precisión.

— ¡Un ladrón! — gruñó Acid Rain, arrojando su guitarra y sacando un cuchillo. — ¡Lo abriré en canal!

— ¡Detrás de mí, señor Presidente! — exclamó Frank el Loco, levantándose desde detrás del bajo y lanzándolo fuera de su camino. El titán de metro y medio se preparó para aplastar al mensajero como si fuera un huevo.

Adam levantó una mano, deteniendo a sus compañeros en seco.

— Vamos — dijo Hannifat Lecter con una sonrisa alegre, mirando a Ryan con diversión. Su piel humana suave se convirtió rápidamente en una cáscara de carbono endurecido. — Es Cesare. Ya casi es parte de la familia.

— Y pronto seré huérfano — respondió Ryan con veneno. Sus ojos se dirigieron hacia la torre tras el grupo. La Meta debe haber causado los temblores que Len percibió previamente al desenterrarla.

— ¿Es él solo? — preguntó Sarin a la Tierra, quien levantó sus diminutos brazos en señal de confirmación. — Vaya, es cierto lo que dicen. Algunas personas son simplemente demasiado tontas para vivir.

— No te preocupes por eso, Miss Flatulencia — replicó Ryan, estirando sus extremidades. — No vivirás más allá de los próximos diez minutos.

— Y yo pensaba que viniste a escuchar nuestro concierto — dijo Adam con una tristeza fingida. — Es “This Fire” de Franz Ferdinand. Una de las últimas canciones que grabó la banda antes de las guerras. Aún así, me sorprende. ¿Sobrevivieron a una explosión completa en esa isla? No hacen armas apocalípticas como solían.

— Entonces, ¿me estabas apuntando a mí en particular? — preguntó Ryan. — Me honra que hayas pensado que necesitabas un arma de destrucción masiva hecha por Mechron para eliminarme. Debe haber sido difícil verme con esa barriga tan grande.

— Tú y la princesa precognitiva. Cuando las cosas comenzaron a torcerse, traté de hallar la causa, y tu nombre apareció varias veces — levantó los dedos como si quisiera contarlos. — Primero atrapaste a Ghoul, después colocaste a Psyshock bajo tierra en la única forma en que podría haber sido. Luego, la Tierra me dice que convenciste a los matones de Augusto para que nos persiguieran en lugar de dejarnos escapar. Son demasiadas coincidencias, amigo. Creo que sabías exactamente por qué veníamos a la ciudad y buscaste adelantarte para tomar la flor de la fortuna.

— ¿Qué puedo decir? — encogió los hombros Ryan. — Soy tramposo. ¿Viste el nombre Cesare en los archivos de Dynamis? Porque parece que les enviaste un paquete de desvinculación bastante desagradable.

“La reserva y los recursos de su Elixir eran útiles... hasta que dejaron de serlo.” Adam dejó caer su micrófono y ajustó su ropa. “Allá abajo hay todo un laboratorio de jugos, amigo. Lo suficientemente avanzado para fabricar imitaciones propias. Para mis hombres, eso es lo único que importa.”

“Pero no para ti,” notó Ryan. “Antes de que te dé una brutal paliza y me asegure de que este horrible momento nunca vuelva a suceder, vas a responder una pregunta, porque realmente quiero saber.”

“¿Una última petición?” La Meta se enderezó frente a Adam y arrojó sus instrumentos, como una manada de hienas esperando la señal para atacar. “Adelante, estoy dispuesto a honrarla.”

“¿Por qué?” preguntó Ryan, señalando la ciudad en llamas. “¿Por qué?”

Adam sonrió con burla. “En realidad, amigo,” dijo, con una sonrisa salvaje en su rostro. “Todo esto es tu culpa.”

Los dedos de Ryan se tensaron alrededor de la hoja láser. “¿Mi culpa?”

“Tu culpa. Mira, llevo casi quince años inyectándome con Elixires. Ya conoces el truco. Mi código genético se degrada, causando degeneración celular, acortamiento de los telómeros, inestabilidad mental, tumores, etc... hasta que me aplico una dosis y vuelvo a estar saludable. Durante un tiempo, así fui feliz. Hasta que me di cuenta de un pequeño problema.” Adam levantó el pulgar y el índice, manteniéndolos rectos y juntos sin tocarlos. “Mis poderes empiezan a fallar, digamos, a descontrolarse. Supongo que los Elixires no pueden curar todo, ¿sabes? Se escapan errores.”

“Vas a morir.” Tras estudiar su condición, Ryan sabía muy bien que los Elixires que consumían los Psicoistas solo retrasaban lo inevitable. “Bien por eso.”

“Sí, sí, bueno, vine a este lugar porque pensé que podía encontrar una cura. Pero ahora que mataste a Psyshock, no podemos controlar completamente el sistema principal de Mechron. Solo logramos un control parcial.” Adam encogió los hombros, aunque el brillo peligroso en sus ojos traicionaba sus verdaderos sentimientos. “Gracias por arruinarlo todo, chico.”

“De nada. Hice lo que pude.”

“Pues, parece que la cagaste bastante, ¿verdad? Porque el control parcial significaba que podríamos apoderarnos de esa gran caja de fuego interestelar... y eso me hizo pensar.”

Adam miró a Ryan a los ojos y, por un momento, el mensajero vio todo. Todo ese narcisismo psicopático, solipsista, que se escondía tras la fachada amigable. La bestia salvaje que vestía piel humana.

“Voy a morir, pero vosotros...” la sonrisa de Adam se tornó en una de odio puro. “Seguiréis viviendo vuestras miserables y vacías vidas como si yo nunca hubiera existido. Eso es egoísta, amigo. Entonces, pensé, faraones y reyes, estaban sepultados con sus esclavos; así son las cosas. Si tengo que partir, entonces mi fiesta de despedida prenderá fuego a todo el lugar.”

Jonestown.

Fue como revivir nuevamente lo ocurrido en Jonestown.

“¿Ese es tu motivo?” En todas sus perpetuas andanzas, Ryan nunca había llegado a odiar a alguien tanto como a este canalla sin alma, psicópata y cruel. “¿Todo este dolor y sufrimiento, solo porque querías montar un Jim Jones?”

“¿Qué puedo decir, amigo?” Adam lo encajó con una sonrisa fría y cruel. “La vida no se trata de ganar o perder. Se trata de ser feliz. Y la verdad, no quiero que nadie sea feliz sin mí.”

Ryan hizo un gesto de sobresalto, esas palabras eran una perversa distorsión de su propia filosofía.

“En fin, Cesare...” Adam crackeó los nudillos mientras Acid Rain jugaba con su cuchillo. Nubes venenosas aparecieron en el cielo sobre ellos. “Sé todo acerca de la base submarina de tu hermana. Y de todos los niños dentro.”

La sonrisa del Ogro se volvió salvaje.

“Supongo que cenaré pescado frito.”

Ryan detuvo el tiempo y se dirigió directamente a la cima de su víctima.

Obviamente, Acid Rain se teletransportó de inmediato antes de que su habilidad hiciera efecto, pero Ryan había previsto eso con anticipación. Corría directo hacia Hannifat Lecter, el mensajero agarró el peluche escondido dentro de su traje, accionó el interruptor y lo lanzó al caos del combate.

Cuando el tiempo volvió a fluir, Ryan ya había cerrado la distancia con Adam, atravesando a sus matones para saltar sobre el pecho del líder de los Meta. El lunático apenas pudo reaccionar con una expresión de sorpresa antes de que el mensajero le cortara la cara en sentido horizontal, apuntando a los ojos.

El loco lanzó un grito de dolor y asombro, antes de intentar agarrar a Ryan con sus propias manos desnudas. Gracias a su agudo sentido del timing y a su cuerpo potenciado por Rampage, el mensajero se alejó a tiempo, esquivando un poderoso golpe de Frank el Loco. El puño del gigante azotó el suelo con tanta fuerza que formó una pequeña depresión, y toda el área tembló por el impacto.

Lamentablemente, Acid Rain se teletransportó rápidamente a la izquierda de Ryan y le atravesó el costado con un cuchillo. Solo los reflejos potenciados por Rampage del mensajero le permitieron saltar lejos y evitar un golpe de seguimiento en la garganta; la sangre goteaba de su costado, pero el potenciador de rendimiento amortiguó el dolor agudo.

«¡Mis ojos!», gritó Adam, cubriéndose la herida. Como Ryan esperaba, el poder del lunático cubría solo su piel, formando una especie de capa exterior de escamas de diamante. Pero no se podía ver con ojos de carbono endurecido.

Aún de pie sobre una plataforma flotante, La Tierra provocó mentalmente que piedras surgieran del suelo en forma de picas afiladas, obligando a Ryan a mantenerse en modo defensivo. Aunque saltaba de un lado a otro para esquivar las trampas de piedra, Frank el Loco comenzó a perseguirlo

a una velocidad asombrosa. A diferencia del frágil mensajero, simplemente atravesaba las picas del territorio terrestre. Mientras tanto, Sarín había flotado sobre un montón de basura fundida para tomar la altura desde lo alto. Gotas de ácido comenzaban a caer en una lluvia tenue, dañando su traje de cachemira.

Y el peluche se había despertado, mirando alrededor con ojos curiosos.

«Un ángel...», dijo Acid Rain al notar al conejo, tan asombrada por su adorable aspecto que detuvo su ataque contra Ryan. «Es un ángel.»

«¡El otro tipo!», respondió Ryan mientras corría en círculos alrededor de Frank. Afortunadamente, aunque el coloso tenía velocidad y alcance debido a su tamaño, era mucho más fácil esquivar sus ataques en un espacio abierto que en los estrechos pasillos del búnker. «¡Conejo!»

El peluche levantó sus orejas, escuchándolo atentamente.

Ryan señaló con un dedo a Acid Rain. «¡Ataca!»

«¡Feliz cumpleaños!», exclamó el peluche con rapidez sorprendente, hambriento de sangre. La maníaca psicópata se dio cuenta del peligro y rápidamente se teletransportó lejos. Pero, justo cuando reaparecía sobre un montón de basura, el peluche comenzó a escalarlo. «¡Vamos a abrazarnos!»

Una vez desatado, nadie podía escapar de la bestia.

Mientras Acid Rain se desplazaba volando y el peluche la perseguía por el vertedero, el ciego Adam se recuperaba de su herida para pasar a la ofensiva. Su boca se ensanchó como la de un pelícano, lo suficiente para que el lunático pudiera introducirle un brazo por la garganta. Sacó una larga cadena con picos de su propio abdomen, balanceándola con ambas manos.

«¿Luchamos hasta la muerte, compañero?», preguntó Adam, con una mezcla de salvajismo feliz y furia. De alguna manera, lograba localizar la posición de Ryan incluso sin usar sus ojos. Quizá poseía un sentido del olfato o del oído muy desarrollado.

«Primero tú», respondió Ryan, cortando una pica de piedra con su espada láser, justo cuando ésta amenazaba con atravesarlo. El mensajero podría haber hecho una broma en otras circunstancias, pero ya no jugaba más.

Él solo quería acabar con estos monstruos.

“¡Destrozo texano!” Frank el Enloquecido continuó implacable su persecución, intentando embestir al mensajero con ímpetu. El suelo temblaba bajo sus pasos; Ryan logró esquivar por poco hacia la izquierda antes del impacto. En cambio, el coloso golpeó una pila cercana de basura fundida, restos metálicos absorbidos por su cuerpo. Cuando se recuperó, Frank había crecido medio metro más alto.

Como sospechaba Ryan, el Psicópata podía absorber metales para aumentar su masa... y su alcance. Debía eliminar primero al Meta más débil, para que los más fuertes fueran más manejables.

“¡Veamos si puedes esquivar esto!” Sarin lanzó una ráfaga de aire desde su posición elevada, mientras Adam y Frank se acercaban a Ryan desde ambos lados. El mensajero detuvo el tiempo, moviéndose entre los distintos obstáculos.

Manteniendo a Frank y Adam para el final, Ryan en cambio cargó contra la torre y el Land que la defendía. El mensajero tomó una granada de debajo de su traje y la lanzó hacia ambos. El proyectil estalló al reanudar el tiempo, la explosión lanzó al Land fuera de su plataforma y arrojó al silencioso Psicópata al suelo.

Pero aunque la torre de Mechron temblaba, no se rompió; barreras de fuerza escarlata aparecían automáticamente para protegerla del daño.

Aunque decepcionado, Ryan se conformó con una recompensa consolatoria. Como un halcón que cae sobre un ratón, cortó al Land por la mitad por debajo de la cintura con la hoja de Reload antes de que pudiera recuperarse. La criatura no emitió ningún sonido ni derramó sangre. En cambio, ambas mitades cayeron al suelo sin reacción alguna.

¿Estaba siquiera viva?

Ryan no tuvo tiempo de hacerse preguntas, ya que Adam se le abalanzó de inmediato. El maníaco caníbal se movía con gracia felina a pesar de su imponente tamaño, su cadena de pinchos surcando el aire como una serpiente veloz.

El mensajero tuvo que detener el tiempo para esquivar y notó que Sarin estaba lista para atacar desde su nido. Agarrando una pistola pequeña en su bolsillo trasero, Ryan le disparó repetidamente en la cara en el tiempo congelado. Cuando el reloj volvió a avanzar, la cabeza de Sarin estalló en gases; vapores etéreos escaparon de su traje de protección química. Ryan también notó que las nubes tóxicas de Lluvia Ácida se habían desplazado hacia el norte, quizás para escapar de su perseguidor.

Cambiando su estrategia de combate cercano a ataques a distancia, Frank el Enloquecido tomó su bajo y se lo lanzó a Ryan con la misma facilidad con la que lanzaría un frisbee. Ryan logró saltar a un lado, mientras el proyectil estrellaba contra el suelo tras él, casi haciendo que tropezara. El mensajero miró su pie izquierdo, que estaba envuelto en una cáscara de piedra.

La mitad superior del Land se le acercaba con los brazos extendidos y sus ojos llenos de odio, que brillaban en amarillo.

Aprovechando su distracción y el tiempo de espera para recargar, Adam atrapó el brazo derecho de Ryan con su cadena, desgarrándole la carne con los picos. Aunque casi había vuelto insensible a cualquier dolor, el viajero en el tiempo tuvo que apretarse los dientes, mientras los dos Psicópatas lejalaban en direcciones opuestas. Los picos atravesaron el músculo de su mano, haciendo que soltara su sable de luz.

¡Maldita sea, si esto seguía así, podrían arrancarle todo el brazo!

“En segundo lugar, amigo, no te voy a matar.” Adam volvió a abrir su boca y escupió un nuevo objeto desde su garganta. Una jeringa llena de un líquido azul celeste, con un símbolo en espiral que le era familiar.

Un Elixir.

Dios mío, no.

Nada más que eso.

“Voy a destruirte,” dijo Adam riendo, levantando la poción como si fuera un cuchillo con una mano y sujetando la cadena con la otra. “Ya sabes lo que dicen... ¡de padre, como hijo!”

Ryan gritó la palabra de seguridad. “Jar-Jar B—”

No terminó su frase.

Una esfera escarlata golpeó la cadena de Adam y fundió sus eslabones, mientras el sorprendido psicópata recibió una carga de proyectil antitanque en el rostro. La explosión impulsó al maniaco invulnerable contra el campo de energía de la torre, mientras el Elixir se rompía en el suelo.

¡Señor Presidente! Frank el Loco intentó de inmediato correr hacia su líder, solo para que una figura enorme cayera sobre él desde los cielos. El impacto levantó polvo en todas direcciones, Ryan apenas pudo ver una forma alada que inmovilizaba al colosal psicópata contra el suelo, y dos gigantes intercambiando golpes. Mientras tanto, una jauría de ratas emergió del vertedero y se abalanzó inmediatamente sobre la Tierra seccionada, enterrándola bajo su masa voraz.

Ryan miró hacia el lugar donde solía estar Sarín, y notó que Lanka y Jamie, vestidos con ropa civil, ocupaban su lugar. Lucían mal, con el rostro cubierto de ceniza y heridas leves, pero el mensajero nunca había sentido tanta alivio por verlos.

Y, por supuesto, ella también estaba allí. Su mech se posó justo detrás de Ryan, maltrecho, abollado, pero aún listo para dar lo suyo.

—¡Me hiciste que cuidara a tu maldito gato, Ryan! —exclamó Vulcano, apuntando su cañón a Adam—. ¡No morirás antes de que yo te mate!